

LOS DOS HERMANOS Y EL CHRISTMA DE NAVIDAD

Hace ya mucho tiempo, cuenta la leyenda que en la casa de dos hermanitos huérfanos y muy pobres, todas las navidades los dos hermanitos ponían con esmero y cuidado un pequeño belén que sus padres les habían dejado. La Virgen, san José, el Niño, la mula, el buey, los pastores iban cogiendo su lugar en el humilde belén.

Pero aquél año, muy frío y en el que había nevado muchísimo, ocurrió algo inusual. Los dos hermanos recibieron una carta con un chritsma, cada uno la suya, en el que se les felicitaba la Navidad y se les invitaba a vivirla con amor y muchísima alegría.

Pedro, que era así como se llamaba el hermanito mayor, dijo a Juan, su hermanito pequeño, que de que se podría tratar aquello tan inusual. Ellos no conocían a nadie, eran pobres, a nadie les importaban, nadie pensaba en ellos, aunque era cierto que las gentes con las que vivían siempre les compraban algo o les daban algo de comer y de leña cuando se veían muy necesitados.

-Alomejor es un regalo del buen Dios que nos premia el haber puesto el belén todos estos años por Navidad.

-No, eso no puede ser, yo creo que las hemos recibido por equivocación, que eran para otras personas y que el cartero se ha equivocado en la entrega. Además hermano, eso de la Navidad es una tontería, sigue haciendo frío, seguimos teniendo hambre y debemos continuar mendigando lo que nos falta para continuar con esta vida mísera que llevamos desde que murieron papá y mamá.

Pedro, el hermanito mayor, comenzó a sollozar por el recuerdo que las palabras de su hermano habían despertado, el de sus padres con ellos, con el hogar lleno de luz, de calor, de amor.

Sin embargo una idea se cruzó por la mente de Juanito. La idea de volver a estar con sus padres siempre le habían dado fuerzas y esperanza para aguantar las penurias y la vida tan dura que llevaban.

-Pedrito, perdóname, me arrepiento de haber hablado así de la Navidad. Yo se que tu crees en ella, que para ti es importante, por eso te pido perdón.

Juan fue hasta la chimenea, y sirvió un poco de sopa caliente en un cuenco a su hermano para que cenase y luego se pudieran ir a dormir.

La noche era muy fría, los aullidos de los perros y el ruido de las ruedas de un carromato, era lo único que se podía escuchar.

Pero a eso de la tres de la madrugada, algo despertó a Juan. Escuchaba el lloro de un bebé, el sonido de unas ovejas que balaban, las voces de personas que parecían apresurarse a algo. Cerró los ojos, estaba convencido de que aquello era una pesadilla fruto del hambre y del frío. Pero el bebé cada vez lloraba más alto y el cántico de una mujer con voz hermosísima parecía querer calmarle.

Juanito se levantó de la cama y fue hasta la habitación donde estaba la chimenea. Cuando llegó se quedó perplejo, la habitación parecía haber desaparecido, todo estaba lleno de pequeñas luces de colores. A su lado sintió la presencia de un hombre que le sostenía por el hombro para que no retrocediese y pudiera salir corriendo. Este hombre le dijo:

-Juanito, ves a despertar a tu hermanito mayor y dile que venga aquí contigo; ese bebé que oyes llorar por el frío y el hambre, quiere haceros a los dos un gran regalo estas Navidades.

Juan, sin pensárselo dos veces, fue hasta donde dormía su hermanito mayor y le despertó.

-Pedro, Pedro, despierta Pedrito, ven junto a la chimenea, hay un hombre que me ha dicho que un bebé que llora de hambre y frío, nos va a hacer un gran regalo.

El hermanito mayor abrió sus ojos. Miró a su hermano que le aferraba y le zarandeaba fuertemente del brazo para que se levantara y le siguiera.

-Pero te has vuelto loco Juanito, no ves el frío que hace, anda métete otra vez a la cama.

Pero su hermano continuaba zarandeándole con la intención de que se levantara, cosa que consiguió al fin. Pedro, a regañadientes siguió a su hermano, el cual, al llegar a la habitación pareció perder el sueño de golpe, estaba perplejo, su rostro adquirió unas facciones de felicidad indescriptible.

-Juanito, hermanito mío, mira esto, estamos dentro del belencito que nos regalaron papa y mama. Mira esos pastorcitos y el puentecito que nuestro padre hizo con sus manos. Y mira el portal allí, entre aquellos arbolitos.

-OH! Pero si estamos en el belén.

Una figura se acercó hasta ellos, un hombre muy hermoso, parecía un patriarca, su rostro desprendía una ternura y bondad enormes. –Debéis ir donde está el Niño, Él os desea hacer un regalo, estáis invitados a pasar la Navidad con un gran rey en un gran palacio. Id y no paréis hasta llegar hasta allí.

Los dos hermanitos salieron corriendo, y a donde fueron y hasta donde llegaron nadie jamás lo supo ni lo sabrá. Al día siguiente por la mañana era Navidad en la Aldea. Los vecinos extrañados de que los hermanitos no respondieran al saludo Navidad y a la invitación de ir a la Iglesia, avisaron al señor cura y al alcalde, los cuales cuando llegaron mandaron a unos mozos tirar la puerta de la casita de los dos hermanitos pobres.

Lo que contemplaron aquellos ojos fue algo para ellos inolvidable. Todos los que entraron en la pobre casita vieron a los niños recostados uno con otro; sus caras mostraban una alegría y paz angelical; tenía cada uno su christma aferrado a una de sus manitas, aunque estos, como por arte de magia, desaparecieron a la vista de todos, dejando como una nubecilla de polvo de pequeñas luces de colores.

El cura y el alcalde se acercaron con los ojos bañados en lágrimas a los inermes cuerpecitos. Cada uno cogió uno en sus brazos. La voz se había corrido por el pueblo y este permanecía, aún del frío, a la espera de ver salir al cura y al alcalde con los niños. Todos estaban muy avergonzados por no haber ayudado más a las criaturas cuando están estaban en vida junto a ellos, y habían permitido que vivieran solitos en la casa, sin padres, ni hermanos.

Pero los dos hermanos habían merecido por su dulzura y por su bondad ante la adversidad recibir el christma de invitación de ese gran Rey tan lejano el cual había decidido que vivieran con Él para siempre, eternamente felices en su Reino.